

PAG 400

B8

v. 1

1844

LAS POESIAS

HORACIO

EN VERSOS CASTELLANOS

CON COMENTARIOS

MITOLÓGICOS, HISTÓRICOS Y FILOSÓFICOS

por D. Juan de Quintanilla

SEGUNDA EDICIÓN

revisada y aumentada con notas

TOMO I



MADRID

LIBRERIA DE D. JOSE CUESTA

CALLE MAYOR, N.º 2.

1844

FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156209

PROLOGO.

Lamentábame yo, desde los primeros años de mi juventud, de la indiferencia con que ya entonces empezaba á mirarse el estudio de las obras, que inspiraron á los grandes ingenios de Grecia y de Roma las Musas de la elocuencia y de la poesía. Lamentábame sobre todo, de que durante el tiempo en que fué aquel estudio el complemento de la educación literaria y científica, no hubiesen cuidado nuestros humanistas de generalizar por medio de fieles y elegantes versiones, el conocimiento de la antigua literatura clásica, como con mas ó menos acierto se hacia á la sazón, y se habia hecho anteriormente, en todas las naciones de Europa. Gonzalo Perez, Gregorio Hernandez de Velasco, Fray Luis de Leon, el maestro Simon Abril, y D. Cristobal Suarez, tradujeron en el siglo XVI la Odisea de Homero, la Eneida y las Geórgicas de Virgilio, las Comedias de Terencio, y algunas de las obras de Ovi-

dio; y á esto se limitaron casi los homenajes tributados á las Musas de la antigüedad, en el período mas brillante de nuestra ilustracion. Hasta mucho mas tarde no hizo Romanillos hablar á Isócrates la lengua de Garcilaso, ni generalizó Hermosilla el conocimiento de la Iliada, de que algunos años antes habia publicado Garcia Malo una poco apreciada version.

Pero ni en el siglo de oro de nuestra literatura, ni en los tiempos posteriores, pensó nadie en trasladar á nuestra lengua las obras del primero de los líricos latinos, que en Alemania y en Inglaterra, y sobre todo en Francia y en Italia, hallaba, y halla aun todos los días, mas ó menos elevados intérpretes. El preceptor granadino Villen de Biedma publicó en el penúltimo año del siglo XVI una traduccion literal, notable solo por la ignorancia que revelaba en todas sus páginas. No fué mejor otra, que línea por línea, hizo en el siglo siguiente el Jesuita Urbano Campos, y que á pesar de sus faltas y errores, adoptaron luego todas las escuelas dirigidas en España por los hijos de S. Ignacio. En los mismos dos siglos hubo poetas que tradujeron en verso una ú otra composicion del lírico latino, distinguiéndose entre ellos el maestro Fray Luis de Leon, Bartolomé Leonardo de Argensola, y D. Esteban Manuel de Villegas. De sus versiones, y de las de los licenciados Bartolomé Martinez, Juan de Aguilar, Diego Ponce de Leon y otros, inserto muestras en mis notas, para que juzguen mis lectores del valor de aquellos esfuerzos. No fueron mas felices los que á fines del siglo último y á principios del presente, hicieron D. Tomás Iriarte y D. Felipe Sobrado; este en una version nueva de las Odas, y aquel en otra de la epístola á los Pisones, dos veces traducida en

tiempos anteriores por Espinel y Morell. Las muestras que tambien inserto del trabajo de Iriarte y del de Sobrado, prueban la necesidad que habia de emprenderlo de nuevo; y esta necesidad aparecia mayor por la circunstancia de que aun reuniendo todas las traducciones sueltas, publicadas en cerca de tres siglos, no se podia formar una completa de las obras del ilustre venusino.

Movido por estas consideraciones me dediqué á ella en mi primera juventud; y desde 1820 á 23 di á luz el fruto de mi larga tarea, que sin duda por las dificultades con que hube de luchar para llevarla á cabo, y que enumeré detenidamente en el prólogo de mi primera edicion, acogió el mundo literario con señalada benevolencia. No la esperaba yo tan unánime, cuando al final del mismo prólogo decia: «Todavía habrá en mi traduccion pasages mal espresados, repeticiones, distracciones, negligencias, y otros defectos tal vez mayores.» Y en prueba de la sinceridad de esta conviccion, manifesté el deseo «de que mi ejemplo estimulase á otros poetas á tentar de nuevo aquella empresa difícil,» y mi esperanza «de que Horacio llegase por este medio á tener algun dia, una traduccion castellana digna de él.»

Nadie en mas de veinte años ha respondido á aquella escitacion, (*) sin embargo de que cada uno de los dias de este largo periodo me ha revelado alguno de los descuidos en que caí entonces, ó de los errores que cometí. A mí me tocaba pues borrar su huella; y esto,

(*) D. Francisco Martinez de la Rosa publicó en 1827 una nueva version de la epístola á los Pisones, y D. Alberto Lista la de algunas odas; pero estos distinguidos literatos tenian hechos aquellos trabajos antes de que saliese á luz mi traduccion completa.

no solo por gratitud á las distinciones con que fueron recompensados mis primeros esfuerzos, y por la esperanza de que otros mas vigorosos é ilustrados me valiesen honras mayores, sino por lo que podian influir ellos en el restablecimiento del gusto literario, de que la direccion últimamente dada á los estudios, y las circunstancias particulares de la época habian alterado las reglas. Volverá para la España el dia, como ha vuelto para la Europa toda, en que se reconozca que el medio mas seguro y mas pronto de fijar en literatura el gusto, sin el cual rara vez las obras mas ingeniosas sobrevivieron á sus autores, es meditar, y aun aprender las de los escritores insignes de Atenas y de Roma, de que ni la ignorancia feroz de los siglos bárbaros, ni el carácter desigual y anómalo de la civilizacion presente, han bastado á menoscabar el prestigio. Cuando llegue para nosotros este dia, será menester que se apresuren los que de ello sean capaces, á familiarizar á los que beben las aguas del Tajo y del Ebro, con los acentos de las Musas del Iliso y del Tiber. Entretanto, yo que desde niño, apliqué sin descanso á este objeto todo el tiempo de que me permitieron disponer ocupaciones de mas inmediata utilidad, y por consiguiente de menos problemática trascendencia, debia renovar el ejemplo haciendo una nueva obra, que pudiese merecer con justicia los elogios, que solo la indulgencia y la equidad dispensaron á la que publiqué antes.

Para ello empecé por purgar mi primera version de las faltas que pocas veces dejan de cometer jóvenes, lanzados sin esperiencia á empresas que la exigen madura y larga. Meditando cada dia sobre composiciones, de muchas de las cuales no habia yo antes adivinado la intencion, ni comprendido el mecanismo, logré arrancar el secreto de algunas de ellas, y

estableciendo ó fijando así la trabazon de sus ideas, me puse en situacion de espresarlas convenientemente. A las traducciones de Dacier, Sanadon, Batteux, Daru, Gazzolli, Borgianelli, Metastasio, etc., que consulté antes de publicar la primera edicion de la mia, añadí ahora para mejorarla, las de Vanderbourg, Campenon y Desprez, Worms de Romilly, Halevy, Goupil, Delort, Montfalcon, Gargallo y otros; y estudiándolas con atencion, comparándolas con detenimiento, y reflexionando sobre la manera con que cada uno de sus autores procuró vencer las dificultades de varias especies, que á todos ofrecia el texto latino, encontré para superarlas á mi vez, facilidades, que pocos sin este auxilio hallarian en sus propias inspiraciones. Convencido de que desacreditan á un poeta los que al verter sus pensamientos los despojan de las galas de que él los revistió, á nada me apliqué con mas esmero, que á conservar, ora los giros atrevidos, ora las calificaciones elegantes, ya la concision y la vehemencia, ya la soltura y la gracia. Por consecuencia de estas leyes que me impuse, de las ciento y veinte odas que forman la coleccion de las de nuestro poeta, hay treinta á lo menos, de que presento á mis lectores una traduccion enteramente nueva; otras tantas en que apenas ha quedado una ú otra de las antiguas estrofas; y de las sesenta odas restantes, no hay una sola en que no haya hecho mas ó menos importantes correcciones. Estas se han estendido igualmente á las sátiras y las epístolas, bien que por ser mas fácil su inteligencia, y mas sencilla su espresion, y por haber sido unas y otras traducidas en edad mas madura que las odas, adoleciese su version de muchas menos negligencias.

Apenas concluido este trabajo, conocí que no seria completo, sino hacia en mis antiguas notas variaciones

proporcionadas á la importancia de las introducidas en la version misma. Aquellas notas habian parecido en general diminutas é insuficientes, y mas todavia que en otros de los puntos á que el interés de la enseñanza mandaba estenderlas, lo eran en efecto, con relacion á la parte mitológica. En órden á ella me limité yo en mi primera edicion, como lo habian hecho antes todos los comentadores de Horacio, á la relacion descarnada de aventuras estravagantes, á que habian dado el carácter de hechos incontrovertibles, ciertas circunstancias sobre que hasta ahora se llamó poco la atencion. Sabido es que al tratar los primeros apologistas del cristianismo de estender la religion que acababa de revelar al mundo el hijo de Dios, fue su primer cuidado combatir las creencias gentílicas, difundidas entonces por toda la haz de la tierra. Parecian santificados por ellas tantos vicios, y consagrados tantos errores, que fue fácil desacreditarlas; y lo fue tanto mas, cuanto que entre los que las profesaban apenas hubo quien pensase en defenderlas, de otro modo que por la fuerza de la autoridad, ó por el rigor de los suplicios. Así los Orígenes, los Tertulianos, los Atenágoras, los Eusebios, y otros ilustrados y enérgicos defensores de la religion de Jesus, retorciendo victoriosamente contra los sectarios del paganismo los argumentos con que el epicúreo Celso al principio, y mas tarde otros sofistas habian procurado combatir ó escarnecer los dogmas cristianos, presentaron reunidas, y aun exageradas, todas las ridiculeces que parecian resaltar en los hechos y las doctrinas del gentilismo. Hundiéronse al fin estas, y estendiéndose rápidamente las que sobre sus ruinas se levantaron, nadie trató de volver por el honor de las destruidas, y quedó asentado sin réplica que la religion pagana viciaba el corazon santificando malos

ejemplos, humillaba el espíritu consagrando tradiciones absurdas, y corrompia la sociedad por la licencia que autorizaba en las costumbres. Una larga série de siglos ratificó esta decision, que entró como un axioma en los principios ó reglas de la educacion literaria de todas las naciones del mundo civilizado, bien que por una estraña contradiccion, formase parte de esta educacion misma el estudio de las fábulas, que tan unánimemente se habia convenido en desacreditar.

Hace algun tiempo que humanistas distinguidos empezaron á sospechar que podian ellas tener un sentido diferente del que en apariencia presentaban, y desde principios del siglo XVIII formó el erudito Antonio Banier el proyecto de esplicar la mitología por la historia. Durante treinta años se consagró con este objeto á investigaciones prolijas; pero estendiéndolas tal vez á tradiciones, que perdida la huella de su origen, no era fácil, ni acaso posible, aclarar; dando otras veces á suposiciones arbitrarias, el valor que solo correspondia á los hechos averiguados, y sacrificando en fin al sentido histórico, que no siempre tienen las fábulas gentílicas, el alegórico, que rara vez dejan de envolver, suministró á los impugnadores de su sistema, armas con que en muchas ocasiones lo combatieron victoriosamente. Lo mismo sucedió poco despues á Tomas Blakwell, y lo mismo en seguida á Court de Gebelin, dominados ambos por ideas fijas, y este último sobre todo, por la de ver solo alegorías donde Banier no habia visto mas que recuerdos históricos. A este y á aquellos los estravió el propósito de referir á un principio uniforme lo que no podia esplicarse sino por principios diferentes; de lo cual resultó que descubrimientos á veces curiosos y útiles, quedaron sepultados entre el fárrago de hipótesis gratuitas y de conjeturas descabelladas.

Al mismo tiempo que Court de Gebelin publicaba en Francia su *Mundo primitivo*, publicaba Cristian Heyne en Alemania sus *Comentarios sobre Apolodoro*, en los cuales presentó nuevas y curiosas doctrinas mitológicas, y trató de separar las ideas simbólicas de la mitología, que en su opinion se referian á hechos históricos, de las que contenian las fábulas forjadas por la imaginacion de los poetas. Hermann, discípulo de Heyne, desenvolvió en seguida en su *Manual mitológico* los pensamientos de su maestro, que no todos encontraron exentos de error ó de exageracion. Entre los que por esta razon los combatieron, se distinguió el célebre Martín de Voss, sosteniendo que las fábulas de la antigüedad no contenian las verdades filosóficas que creian descubrir en ellas el erudito sajón, y alguno de sus discípulos. En la controversia entablada con este motivo, y prolongada hasta nuestros días, tomaron parte ademas de Voss y Heyne, Hermann, Goerres, Creuzer, y otros profesores alemanes; pero subyugados unos por la vanidad literaria, la mas intratable y dura de todas las vanidades; arrastrados otros por su respeto á teorías, que tal vez los condujeran al descubrimiento de una ú otra verdad; y extraviados los mas por rivalidades de profesorado, en pocas partes mas vivas que en las universidades alemanas, dejaron sin decidir muchos puntos, que una discusion tranquila y desapasionada habria podido poner al abrigo de ulteriores disputas. Mas de cuarenta años duraron las que las teorías opuestas de Heyne y de Voss suscitaron en Alemania, y que se prolongaron despues de la muerte del primero de estos ilustres críticos, verificada en 1812, pues el segundo, que no murió hasta catorce años despues, continuó con Creuzer y otros hasta su última hora, la polémica que por tan largo tiempo habia sostenido con Heyne y con Her-

mann. Entre las suposiciones arbitrarias de unos, las quiméricas conjeturas de otros, y el espíritu de sistema de todos, sobrenadaron algunos descubrimientos ingeniosos, que no debian ser perdidos para la resolucion de varios problemas difíciles de la mitología y de la historia. Abrieron pues en tan vasto piélago los autores de aquellos descubrimientos rumbos nuevos, que circunspectas exploraciones podian fácilmente rectificar.

A ellas debia lanzarse por necesidad el que trasladaba al castellano las obras de un poeta gentil, que habia debido á sus creencias religiosas, las mas elevadas inspiraciones. No tocaba en verdad á un comentador de Horacio establecer un sistema mitológico completo, que críticos hábiles, y especialmente dedicados á esta clase de investigaciones, no habian alcanzado á fijar; pero le incumbía penetrar en el laberinto de aquellas creencias, y trabajar en sorprender allí el secreto de su origen, y en desvanecer los errores que sobre sus principios y su objeto habian cundido y arraigádose durante muchos siglos. Durante otros muchos fueron ellas acatadas en todos los pueblos de la tierra; y no porque desapareciesen al soplo de los dogmas mas sublimes y puros de la religion del Salvador, se debe reputar absurda la que por mil y quinientos años profesó el mundo entero, la que profesaron Sócrates, Platon y Aristóteles, Xenofonte, Tucídides y Polibio, Salustio, Ciceron y Séneca, Tito, Marco Aurelio y Trajano, y otra multitud de personajes, que á intervalos descollaron en aquel largo periodo, por grandes talentos ó por eminentes virtudes. ¿Puede suponerse que tantos hombres superiores creyesen que el primero de los númenes de su Olimpo se trasformaba alternativa ó sucesivamente en toro, en cisne ó en lluvia de oro, para corromper castas

vírgenes ó respetables matronas? ¿Puede creerse borrado ó estinguido el instinto del pudor, hasta el punto de que cincuenta ó mas generaciones adorasen á dioses manchados con robos, adulterios, incestos, y con todo linage de crímenes? De estas consideraciones se infiere naturalmente que las aventuras de los dioses y de los héroes del paganismo, no son siempre hechos materiales, ni dan lugar por consiguiente á las deducciones que de ellas se desprenderian, si como hechos hubiesen de considerarse. Tal vez desfiguró la mitología los consignados en la historia y las tradiciones de los pueblos, para que como los inventados por los primeros instructores del mundo antiguo, presentasen emblemas ó símbolos, destinados á materializar, ya la adoracion de los objetos dignos de acatamiento, ya las reglas de la moral, y el respeto á las instituciones civiles, que en la infancia de las sociedades necesitaban el apoyo de las creencias religiosas. Ni parecerá extraño que aquellos emblemas ó símbolos fuesen á veces groseros, y aun obscenos en apariencia, cuando se reflexione sobre la supersticion habitual, el fanatismo estrecho, y la general ignorancia de las sociedades primitivas. Emblemas y símbolos de la misma clase ofrecen todas las religiones de la tierra, y aun de la que diez y ocho siglos há se dignó revelar el hijo de Dios, no se esplicarian ciertos hechos, ni se comprenderian ciertos dogmas, si la piedad ilustrada de los comentadores de los libros santos no hubiese descubierto, en la division de los sentidos anagógico, tropológico y místico, la clave de la interpretacion. Y ¿por qué no será interpretable de la misma manera, lo que en las demas creencias aparezca de chocante en los hechos, ó de singular en las doctrinas?

Tanto quizá como los comentarios mitológicos, he

pensado que contribuirían á la inteligencia de las composiciones de que me he propuesto generalizar el conocimiento, noticias mas ó menos circunstanciadas de la vida de los hombres distinguidos, de que se hace mencion en estas composiciones mismas. Y ¿cómo á lectores poco versados en la historia antigua, agradarian cuadros, en que apareciesen grupos de personajes, de que no solo ignorasen absolutamente los hechos, sino de que desconociesen hasta la existencia y los nombres? ¿Qué efecto produciría, por ejemplo, sobre el espíritu del mayor número de los lectores, la magnífica asociacion que en la oda XII del primer libro hace el poeta de Orfeo, Júpiter, Palas, Baco, Diana, Febo, Hércules, Cástor y Polux, con Rómulo, Numa, Tarquino, Caton, Régulo, Escauro, Paulo Emilio, Fabricio, Curio, Camilo y Marcelo, si no se pusiesen de manifiesto los títulos que cada uno de ellos tenia á la veneracion de los hombres y al entusiasmo de los poetas? Entre los personajes nombrados ó aludidos por Horacio, hay ademas algunos que desempeñaron importantes papeles en los terribles dramas que se representaron en Roma durante los treinta y cinco años primeros de la vida del ilustre lírico. Desapoderadas ambiciones hundieron en aquel periodo una república que contaba siete siglos de existencia, y apenas hubo un hombre importante, que no fuese autor, ó cómplice, ó víctima de los acontecimientos que sustituyeron á una gastada y turbulenta democrácia, un vigoroso absolutismo por de pronto, y poco despues, la mas insoportable tiranía. Julio César, Augusto, Mecenas, Agripa, Polion, Lólio, Caton, Bruto, y otros varios, sobresalen en el grupo de los que figuraron en aquellas vastas y trascendentales peripecias; y Horacio no podia dejar de hacer mencion de ellos, al lamentar los

desórdenes y los crímenes con que se mancharon siempre todas las de su especie. Y ¿cómo alcanzarían á calificar los juicios del poeta, á apreciar la elevación de sus sentimientos, ni el valor de sus inspiraciones, los que no supiesen la parte de responsabilidad ó de gloria, que tocó á todos y á cada uno de aquellos personajes, en los sucesos de que él hablaba ó á que aludía? ¿los que no pudiesen formar una idea superficial siquiera, del estado de la sociedad en que él exhalaba sus patrióticos acentos? Yo debía pues consignar en mi comentario, no solo estas noticias, sino las relativas á los hombres que por diferente concepto hicieron papel en la misma época. A esta categoría pertenecen Virgilio, Tibulo, Várió, y otros que con estimadas producciones literarias contribuyeron á la gloria del reinado, que se levantó sobre las ruinas de la república, durante la última mitad de la vida de nuestro poeta. Con él tuvieron todos ellos mas ó menos íntimas relaciones, y habría sido por tanto, injusto y aun ridículo, no darlos á conocer en comentarios, destinados á ilustrar un texto, de que varias especies de dificultades hacen tan difícil la inteligencia.

Las discordias civiles, á cuyo impulso desaparecieron las instituciones antiguas, alteraron por necesidad las costumbres, que por espacio de siglos habian sido su mas sólida garantía. Contra la corrupción lastimosamente introducida poco antes de su nacimiento, y rápidamente generalizada durante su vida, declamó unas veces Horacio con patriótica vehemencia, y otras, empleó el chiste y el sarcasmo, no menos poderosos que las mas acerbas invectivas; y pocos ciertamente conocerían la habilidad con que manejaba el poeta unas y otras armas, si en ocasiones no llamase la atención el comentador sobre las cos-

tumbres de Roma, en cuya enunciación era fácil además reunir la instrucción con el deleite. Lo mismo juzgué que debía suceder con algunas notas geográficas, y esto con tanta mas razón, cuanto que hay oda en que habla Horacio de Rodas, de Mitilene, Efeso, Corinto, Tebas, Delfos, Atenas, Argos, Micenas, Lacedemonia, Tibur y Salamina. ¿Qué placer hallaría en esta enumeración el que no supiese lo que eran aquellas ciudades? ¿Qué fruto sacaría de una lectura, de que lo desconocido de los nombres no le permitiese retener las ideas, ni aun conservar el recuerdo? Yo creo que, independientemente de los defectos de que adolecieron con frecuencia las traducciones de las obras clásicas de la antigüedad, la falta sola de estas indispensables aclaraciones impediría siempre que se hiciesen tan populares, como lo exige la necesidad de generalizar las reglas del gusto literario. Si hay medio de que las personas poco instruidas lean con interés las composiciones poéticas de Homero y de Píndaro, de Virgilio y de Horacio, no es otro seguramente que el de acompañar á versiones esmeradas, comentarios juiciosos, en que se expliquen las alusiones, se desenvuelvan los conceptos, y nada se deje que desear para la inteligencia completa de los textos respectivos.

A este trabajo, que para la generalidad de los lectores podía reputarse necesario, había que añadir otro, inmediata y especialmente útil á los jóvenes que se dediquen al estudio de la literatura. Las inspiraciones de Horacio tienen generalmente el carácter que corresponde á la naturaleza del objeto que se las sugiere, es decir, que ingeniosas siempre y delicadas, son ora elevadas y enérgicas, y ora tiernas y voluptuosas. Su expresión, proporcionada asimismo á la índole de las composiciones, se distingue, ya por el

vigor y la vehemencia, ya por la facilidad y la gracia, y casi siempre por la viveza del colorido. Alguna vez sin embargo se abandona el poeta á esta ó aquella inspiracion escéntrica; alguna vez tambien, hacen su espresion oscura, ó ambigua, ó afectada, ya el empleo de ciertos modismos griegos, poco conformes á las reglas de la sintaxis latina, ya el lujo de los tropos, y ya quizá la precipitacion con que se compuso una ú otra pieza, ó la poca importancia que le dió su autor. Sin señalar al mismo tiempo que estos descuidos, los primores que al lado brillaban, podrian los jóvenes pasar tal vez por encima de trozos de gran mérito, sin apercibirlo ni sospecharlo; ó deslumbrados por el oropel de atrevidas metáforas ó de exagerados hiperboles, creerse autorizados á imitar lo que no era digno de imitacion; y acostumbrándose así á preferir la imaginacion al juicio, y lo falso á lo verdadero, acabarian quizá por adquirir, en vez del gusto clásico, que asegura y perpetúa la estimacion de las producciones literarias, el hábito de los extravíos románticos, á que ni aun los hombres de mas ingenio pudieron dar nunca elementos ó condiciones de duracion.

Las advertencias ú observaciones de que hablo, eran doblemente necesarias, por razon del descuido con que los comentadores de los poetas miraron casi constantemente lo que constituye el mérito esencial de las obras que comentaron, á saber, la regularidad de los planes, la conveniencia y la ingeniosa trabazon de los pensamientos, el empleo sábio y atinado de los tropos, la gallardía de los giros, la novedad, ó tal vez la audacia de las construcciones, el artificio de ciertas combinaciones prosódicas, y aun las desinencias métricas, que anuncien ó dejen traslucir alguna intencion particular. Casi todos los comentadores de Horacio se limitaron á esplicar el sentido gramatical,

á referir sin exámen ni crítica las anécdotas mitológicas mas estrañas é inverosímiles, y á hacer diminutas indicaciones sobre los hechos históricos, á que en una ú otra ocasion aludia el poeta. El académico Dacier, en las notas á su traduccion francesa, estendió á menudo sus observaciones á la parte poética; pero acostumbrado á formarse un ídolo de cada autor que traducia, llevó con frecuencia el entusiasmo hasta llamar gracia á la trivialidad, y sublimidad á la afectacion. En el mismo, y en otros menos escusables defectos, incurrió el Jesuita Sanadon, que aunque mas instruido en los secretos de la composicion poética, prodigó tal vez la alabanza á pensamientos ó espresiones que no la merecian, y tal, procuró desacreditar conceptos elevados, y acusó intenciones que no habia tomado el trabajo de examinar. En muchas de sus notas se ven ademas proclamadas como reglas del gusto, ideas, ya exageradas, y ya falsas; se ven discusiones prolijas, en que conjeturas, tal vez ingeniosas, y tal absurdas, son presentadas, á favor de una dialéctica capciosa, con todo el aire de la evidencia; se ven, por último, reprendidas las cadencias de algunos versos con la misma severidad y por los mismos motivos que serian censuradas en un estudiante. Estos defectos están sin embargo compensados con multitud de observaciones juiciosas y de dilaciones sagaces, con un gran conocimiento de la lengua latina, y con una erudicion, que aunque pesada y fatigante en ciertos casos, me sirvió en algunos para fijar mi opinion sobre varios puntos controvertibles. Igualmente me sirvió el docto comentario con que acompañó Wieland la traduccion alemana que de las sátiras y epístolas de nuestro poeta publicó á fines del siglo último, bien que presentasen no poco de aventurado ó de arbitrario muchas de sus hipóte-

sis ó de sus conjeturas. Para juzgar del carácter de algunas de ellas, bastará recordar los esfuerzos que hizo el sábio alemán para acreditar la suposición de que la epístola á los Pisones fue escrita con el fin de retraer á aquellos mancebos de dedicarse á la poesía; como si no apareciese demostrada completamente la intención contraria, por el cuidado con que el autor reunió en un pequeño escrito toda la sustancia de los preceptos y de los ejemplos antiguos, y fijó reglas que diferentes especies de vandalismo no han bastado á destruir. Lo aventurado de algunos de los juicios y de las suposiciones de Wieland, no debía sin embargo disminuir el aprecio á que eran acreedoras sus profundas lucubraciones filológicas; y en estas, y en las de Wetzel, Lessing y otros eruditos modernos se podían hallar, y hallé yo en efecto, auxilios para la parte crítica, como para la aclaración de muchos pasajes difíciles y la ordenación de las construcciones embarazadas, los hallé en otro tiempo en las obras de los antiguos gramáticos Acron y Porfirio, y en las de los eruditos comentadores Cruquio, Lambino, Torrencio, Turnebo, Mureto, Erasmo, Minelio, Aldo Manucio, Daniel Heinsio, Escalígero, Bond, Pulmann y otros, que hube de estudiar detenidamente antes de publicar mi primera edición.

Para fijar el texto que en ella adopté, consulté entonces el de la famosa de Venecia, hecha en 1478, el de la publicada veinte años después por Jacobo Loscher en Estrasburgo, y las de los editores que mas manuscritos poseyeran ó registraran. Las variantes que presentaban estos habían introducido en el texto cierta confusión, que los ingleses Bentley y Cuningam se propusieron corregir en el siglo último. Desgraciadamente al primero de aquellos críticos le lanzaron su prurito de decir cosas nuevas, y su ansia

de mostrar todo lo que era capaz de hacer, fuera de los límites que él mismo se había fijado; y el hombre destinado al parecer á restablecer la pureza del texto, y que había dado pruebas de gran sagacidad, demostrando el vicio de muchas lecciones generalmente recibidas, acabó abandonándose á la manía de las innovaciones, y por servirme de las expresiones de su compatriota Cuningam, corrompiendo muchas veces los pasajes sanos, otras echando mas á perder con sus correcciones los corrompidos, y otras dejando intactos muchos errores antiguos. No evitó Cuningam mismo los que tan justa y vigorosamente señalára en la edición de su sábio compatriota; y al contrario, entre uno y otro aumentaron el desorden, no sin que lo ingenioso y plausible de una ú otra de sus variantes sedujese á los editores posteriores, entre los cuales el francés Sannodon fue á veces mas allá que los dos novadores ingleses. Yo, que tambien me dejé seducir antes por el brillo de algunas de sus correcciones, debía reformar hoy mis falsos juicios, y completar las ventajas que mi nueva edición lleva á la antigua, restableciendo el texto genuino, que durante mas de tres siglos alteraron con demasiada frecuencia manos atrevidas. Para estas rectificaciones me han servido de guía, ademas de Cruquio, Lambino y Bond entre los antiguos, Gessner entre los modernos, Wetzel, Mitscherlich, Vanderbourg, y sobre todo Achaintre, cuyo texto adoptó Montfalcon en su famosa edición poliglota de 1834, que es quizá el mas magnífico monumento levantado á la gloria de nuestro poeta.

Yo he procurado levantarle uno tambien en el vasto trabajo, que hoy ofrezco á las meditaciones de la juventud estudiosa de mi patria. No es este la

reproduccion del que publiqué en los años de 1820 á 1823; es una obra nueva, en que he procurado mostrar mi reconocimiento á la benevolencia insigne con que fue acogida mi primera edicion, y renovar al borde de la tumba la espresion del entusiasmo que desde mi infancia me inspiraron las producciones del mas sábio, profundo y correcto de los poetas líricos de la antigüedad. Yo he creído deber completar mi obra con la breve noticia de su vida, que estampo á continuacion.

VIDA DE HORACIO.

Quinto Horacio Flaco nació en Venusia, ciudad de la Apulia Daunia (hoy Venosa en la Basilicata) el 8 de diciembre del año 689 de Roma, 65 antes de J. C., siendo cónsules L. Aurelio Cota, y L. Manlio Torcuato. Su familia era de esclavos, y su padre mismo lo fué hasta que su escelente conducta le proporcionó la libertad, y una pequeña hacienda con cuyos productos vivia. En Venusia existia una mediana escuela, donde se habria educado Horacio como los mas distinguidos de sus compatriotas; pero el generoso padre determinó darle una educacion superior á su clase, y vendiendo su hacienda, y comprando con su producto una plaza de cobrador de contribuciones, le llevó á Roma, cuando apenas contaba el niño siete ú ocho años de edad. Púsole desde luego en la escuela del famoso profesor de literatura Orbio Pupilo, y no perdonó gasto ni esfuerzo para hacerle adquirir, no solo los conocimientos que debian